La Emperatriz del Mal

La Emperatriz del Mal

Una historia del hada oscura

Serena Valentino

Libros Disney

Adaptación parcial de *La bella durmiente* de Disney

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
© de la traducción: Marta García Madera, 2019
Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Primera edición: octubre de 2019
ISBN: 978-84-9951-922-7
Depósito legal: B. 17.106-2019
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo I

El hada oscura

Los cuervos negros seguían al hada oscura volando sobre su cabeza a medida que avanzaba por el bosque enredado. Cuantos más pasos daba, más densos eran los árboles. El bosque estaba vivo: se movía y respiraba. Las enredaderas se retorcían alrededor de todo lo que encontraban en su camino, creando sin saberlo una oscuridad profunda y penetrante al atrapar las copas de los árboles y oscurecer el cielo. En las sombras, el hada oscura podía mantener a raya la codicia de los árboles y las enredaderas. Pese a no comprender aquel aspecto de su magia, Maléfica lo utilizaba en su provecho. Al contrario de lo que decían las leyendas sobre el hada oscura, las enredaderas no estaban del todo sometidas a su voluntad. Había oído historias sobre cómo podía controlar la naturaleza y dirigir a temibles bosques a destruir a sus enemigos. Era irónico, teniendo en cuenta la verdad. La naturaleza la había

maldecido por una falta del pasado. La naturaleza era su enemiga, y aquel bosque no era ninguna excepción.

Aunque Maléfica pudiera controlar el bosque en las sombras, no estaba del todo segura de lo que sucedería cuando no tuviera la protección de la oscuridad que le proporcionaban las copas de los árboles. Se preguntaba si sería capaz de combatir al bosque a plena luz del sol.

De momento, le causaba una gran satisfacción ver la vegetación color esmeralda retirándose ante ella y marchitándose por el calor que emanaba de su bastón. Los árboles de los acantilados cercanos se unían a las enredaderas; la vegetación se agrupaba creando una especie de ejército contra ella.

«No hay nada que dé más miedo a un bosque que la amenaza del fuego.»

El hada oscura se rio y lanzó una llamarada de luz verde hacia las ramas, que retrocedieron por el calor. Deseaba que el bosque le diera una razón para prenderle fuego. Pero frenó su deseo de destrucción recordándose a sí misma su propósito y su objetivo.

Le molestaba tener que viajar en aquel momento; no soportaba estar lejos de la Bella Durmiente y del príncipe perdidamente enamorado que amenazaba sus planes. Unos días antes, la princesa se había pinchado el dedo con el huso, tal y como su maldición había dictado. Maléfica les había ordenado

a sus secuaces que raptaran al príncipe Phillip y lo devolvieran a su mazmorra, donde estaría bien lejos de la princesa dormida. No podía dejar que él interfiriera en su plan magistral. De todas formas, el hada oscura necesitaba refuerzos. Necesitaba brujas, brujas poderosas que la ayudaran a atar la maldición de la Bella Durmiente para que no se despertara nunca. Si no podía matar a la princesa, tendría que contentarse con que Aurora viviera para siempre en la Tierra de los Sueños. Así pues, el hada oscura se aventuró en el reino de Morningstar.

¡Cómo le habría gustado estar viajando con su método preferido: las llamas! Pero quería que las brujas del castillo de Morningstar supieran que se acercaba. Quería darles tiempo para llorar la pérdida de la bruja del mar y las hermanas extrañas antes de su llegada. Maléfica sabía que la razón de su visita estaría ensombrecida por el miedo si se presentaba sin avisar. Así pues, se tomó su tiempo y caminó despacio hacia el reino de Morningstar siguiendo a sus queridos cuervos. El follaje era tan denso que no podía distinguir a sus pájaros volando sobre ella, aunque su magia era fuerte y le permitía ver el camino que estos tenían delante a través de los ojos de los cuervos. Le encantaba aquella faceta de su magia por encima de cualquier otra. Se sentía como si volara con ellos, sin conexión con el mundo. Pero Maléfica no necesitaba magia para encontrar su camino. Los corazones de las brujas la

atraían hasta ellos brillando como un faro reluciente entre las ruinas de algunas de las mayores brujas de su tiempo.

Maléfica había enviado a *Diablo* al reino de Morningstar. A través de él, que volaba en círculos sobre el castillo, pudo contemplar el alcance de la masacre y la destrucción que había dejado Úrsula. Engullida por los restos de la bruja del mar, la antigua fortaleza casi latía con odio. Maléfica no quería a Úrsula y no lamentó su pérdida. De hecho, pensaba que los muchos reinos de tierra y mar estaban mejor sin aquella bruja necia con ansias de poder. Úrsula había puesto la vida de todos en peligro al crear un conjuro tan peligroso que las hermanas extrañas estaban sufriendo las consecuencias en aquel momento.

Maléfica no podía ver el futuro como algunas brujas y hadas, pero tenía buen ojo para juzgar a la gente. Había percibido la cantidad de poder que Úrsula había estado acumulando y sabía a ciencia cierta que la bruja del mar traicionaría a las hermanas. Ojalá las hermanas extrañas hubieran hecho caso de su advertencia. Tiempo atrás, Maléfica sentía un amor profundo por las hermanas extrañas, pero, últimamente, eran más como familiares desconocidos a los que apenas soportaba, así que las evitaba siempre que podía. Se esforzó por recordarlas como eran, por recordar que las quería, pero aquel sentimiento (el amor) era un mero recuerdo.

Puede que fuera lo mejor. Las hermanas extrañas se habían

convertido en un fastidio y con los años estaban cada vez más perturbadas. Maléfica ya no podía percibir su presencia en el mundo (ni en su corazón) y, de repente, sintió una afinidad con ellas que hacía tiempo que no sentía. Intentó recordar cómo era preocuparse por ellas (o por cualquiera), pero no pudo. En ese momento, las hermanas estaban perdidas para ella, demasiado lejos para que su magia las alcanzara, lo cual casi la entristecía.

Tristeza. Había eludido ese sentimiento durante tanto tiempo que lo recordaba como un sueño que se había desvanecido. Y ahí era donde estaban las hermanas: en un sueño, perdidas para siempre para el mundo real.

Deambulando en un sueño. Solas.

Maléfica no quería pensar en lo que soñaban las hermanas ni en cómo era su mundo ideal. Vivir en el mundo de ensueño significaba habitar en los lugares más oscuros y profundos de la mente. No podía llegar a entender qué secretos cobraban vida para las hermanas en su nueva realidad. Se estremeció al pensar en la Tierra de los Sueños invadida por las pesadillas de las hermanas y se preguntó si encontrarían a la rosa durmiente en su propio rincón del mundo de ensueño.

«¡Las condeno al Hades, con sus espejos, sus conjuros y su locura! ¡Tenían que salvar a su preciosa hermanita!»

Pero la vieja reina del espejo lo había expresado mejor: «Como muchas de nosotras, Maléfica, esas repugnantes her-

manas no podían pensar con claridad cuando su familia estaba en peligro.»

Maléfica se había reído de la vieja reina, a quien conocía como Grimhilde, por hablar justo ella de preocuparse por la familia sobre todas las cosas… Pero se había tragado sus palabras porque no estaba dispuesta a hablar con ella sobre su hija, Blancanieves, que en ese momento prosperaba como reina.

Aquel pensamiento la puso enferma.

«¿Cómo debe ser vivir una vida tan afortunada? ¿Vivir sin que te alcancen los conflictos que han destrozado tantos reinos?» Parecía obra de la vieja reina. En cierto modo, su magia era más fuerte en ese momento que cuando estaba viva. Grimhilde había trascendido el velo de la muerte para mantener a salvo a su hija y a su familia. Tal vez fuera su castigo por intentar matar a Blancanieves cuando era niña. Grimhilde había ocupado el lugar de su propio padre en el espejo mágico. Sería la esclava de Blancanieves para siempre, igual que su padre lo había sido de ella. Su maldición era ser la protectora de Blancanieves sin descanso, a la que velaba mientras dormía y a cuyos hijos protegía; tendría que aportar felicidad eterna a aquella mocosa infernal y a su descendencia.

El amor de Grimhilde por su hija sentaba a Maléfica como una patada en el estómago. Le causaba un hormigueo que le indicaba que era algo que debía sentir, que debía conmover-

la. Pero se tragó aquellos pensamientos igual que todos los demás. Pensaba que todos parecían piezas rotas de una lápida. Se preguntaba cómo encajaban todos allí y cómo era posible que alguien tan pequeño aguantara tanto. A veces, sentía que aquel peso iba a aplastarla, pero nunca sucedía. Suponía que todo el mundo llevaba allí sus cargas. Parecía el lugar perfecto: cerca del corazón, pero en un sitio menos peligroso.

Las hermanas extrañas le habían contado una vez que Grimhilde también sentía aquel dolor en el estómago. En el caso de la vieja reina, era como si le cortaran las entrañas. Maléfica se preguntaba qué era peor: la pesadez de su carga o la aflicción de Grimhilde. Las hermanas extrañas habrían dicho que ambos eran capaces de destruirlas, pero Maléfica sentía que el peso de su tristeza hacía que se mantuviera firme y estable; sin dolor, quizá saliera flotando.

Las hermanas extrañas habían decretado que no se molestara a la reina mocosa ni a su familia para no enfadar a Grimhilde. Sin embargo, Blancanieves no era del todo indiferente a las hermanas extrañas, ¿verdad? La vieja reina Grimhilde no podía controlar los sueños de su hija. No eran esos sus poderes. No estaba entre sus competencias.

Los sueños pertenecían a las hadas buenas y a las tres hermanas.